

Pesquisas ilustradas: las huellas de las palabras náhuatl en el Diccionario de Esteban de Terreros y Pando

Inquiries of the Enlightenment: the trail of Nahuatl words in Esteban de
Terreros y Pando Dictionary

Laura Cristina Prieto* <https://orcid.org/0009-0004-1492-2134>

Resumen: Voces de la cultura de los antiguos mexicanos presentes en el Diccionario del Padre jesuita Esteban de Terreros y Pando, son la guía en este artículo para penetrar en horizontes poco frecuentados de la filología en la Ilustración. La preocupación por el resguardo de códices y manuscritos procedentes de los primeros años de la Nueva España, el desvelo en la interpretación de los saberes prehispánicos -como la aplicada en comprender el calendario del México antiguo-, son parte de la labor crítica de algunos eruditos de Las Luces, entre quienes destacan jesuitas españoles y mexicanos.

Palabras Clave: Calendario mexicana; Esteban de Terreros y Pando; José de Acosta; Francisco Javier Clavijero; Nueva España; Filología.

Abstract: Voices from the ancient Mexican culture present in the Dictionary of the Jesuit Father Esteban de Terreros y Pando, lead us to little frequented horizons of philology in the Enlightenment. Concern for the safeguarding of codices and manuscripts from the early years of the New Spain, and the care devoted to the interpretation of prehispanic knowledge, such as that applied to understanding the calendar of ancient Mexico, are part of the critical work of some scholars of the Enlightenment, among whom Spanish and Mexican Jesuits stand out.

Keywords: Esteban de Terreros y Pando; José de Acosta; Francisco Javier Clavijero; Mexica calendar; New Spain; Philology.

* Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM, CDMX (Circuito interior s/n, Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México. E-mail: lcristina.prieto@gmail.com)

Recibido: 03-07-2023. **Aceptado:** 21-07-2023. **Publicado:** 03-08-2023

Laura Cristina Prieto, nacida en Argentina, es Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Cuyo, de Mendoza, Argentina. Maestra en Derechos Humanos, por la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México y Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Adscripción institucional: Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, CDMX. Autora de artículos sobre Derecho y Filosofía; entre ellos el de “La huella del miedo en la Filosofía del Derecho” (2010) *Crítica Jurídica, Revista Latinoamericana de Política, Filosofía y Derecho* (27). De reciente difusión, el artículo: *Pandemia: a 500 años de la Caída de Tenochtitlán* (05/08/21) en. <https://ojs.revpropulsion.cl/index.php/revpropulsion/article/view/94>

Cómo citar: Prieto, L. C. (2023). Pesquisas ilustradas: las huellas de las palabras náhuatl en el Diccionario de Esteban de Terreros y Pando. *IHS. Antiguos Jesuitas en Iberoamérica*, 11, 1-21. DOI: <https://doi.org/10.31057/2314.3908.v11.42124>



Obra protegida bajo Licencia Creative Commons Atribución: **No Comercial / Compartir Igual** (*by-nc-sa*)

<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/ihs/index>

Hallazgos en el Diccionario

“TL”: *Consonantes imprevistas*

Dentro de los fondos documentales y archivos virtuales que refieren a la Nueva España, surgen pasadizos -libros, páginas digitales- que señalan a eventos propios y poco frecuentados de la compleja vida colonial. La resistencia y a la vez el inevitable avenirse de los habitantes de la Nueva España, a la circulación generalizada del *tlaco* (voz náhuatl que significa “mitad”) es uno de aquellos sucesos poco transitados. El *tlaco* era un tipo de moneda en la que se suponía alguna pobre aleación de cobre (y ni siquiera de ésta) que si bien fue prohibida en la Casa de la Moneda de México, se mantuvo vigente de manera ampliamente tolerada durante los siglos de la Colonia.¹ Ahora bien, si se ancla la búsqueda en torno a ella en uno de los puertos más ricos de la exploración digital -el de los diccionarios de la Real Academia Española- algo inesperado irrumpirá: para la humildad despreciable de esta moneda, la aparición de su nombre en uno de los diccionarios de la lengua española del siglo XVIII, y posteriormente en la mayoría de los que le siguieron, denotará la figura del primer lexicógrafo que supo medir y dar cuenta de la importancia que tal vocablo representaba, dentro la realidad de la Nueva España y su intercambio cotidiano y persistente.

Al explorar el término en los diccionarios reunidos por la Real Academia Española bajo el llamado *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española*.² observamos que la más completa de esas acepciones es la inicial. El *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa latina e italiana*, del jesuita español Esteban de Terreros y Pando³ da la definición que calza con la descripción adecuada a la esencia inhóspita, evanescente, especulativa de esta moneda.

Tlaco, en la América, lo mismo que cuartillo de real colunario, de modo que dividen los diez cuartos y medio en dos cuartillos, ó cuatro tlacos, ó 32 cacaos; pero nada de esto es moneda física, sino el real colunario de diez cuartos y medio. (Terreros [1767] 1788, NTLLE)

El autor muestra una equivalencia del “tlaco” con el cacao y con el colunario (el real acuñado en las Indias); y la proporción de su utilidad aleatoria, inconstante frente a la que funcionaba, en cambio, como la moneda física o real. Operaba, pues, como un tipo de

¹ Entre los informes sobre las llamadas “monedas menudas”, tenemos la del del virrey saliente de la Nueva España, José Vicente Güemez, Conde de Revilla Gigedo. Expresa acerca del tlaco a su sucesor el Marqués de Branciforte, quien asume el gobierno en 1794: “el comercio interior no puede pasar sin ella” (Güemez, 1831, 114).

² Real Academia Española. *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española* (NTLLE) Recuperado en <https://apps.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>.

³ El jesuita Esteban Terreros y Pando (Trucíos, Vizcaya, España, 1707-Forli, Italia, 1782) ingresó a la Compañía de Jesús en 1727, estudiando en Villarejo, Oropesa y Alcalá de Henares. Comenzó su carrera docente en el Seminario de Nobles de Madrid y luego en el Colegio Imperial. Para la expulsión se radicó en Forli donde se destacó como filólogo y lexicógrafo de la Ilustración, siendo sus principales obras *Espectáculo de la Naturaleza* y el *Diccionario*, muy relacionado con la primera. El diccionario fueron tres tomos más un cuarto (1793), que contiene sólo los listados latino, francés e italiano, con sus equivalencias, de las voces incluidas (Escalera, 2001, IV, 3.781-3.782).

“moneda imaginaria” (modalidad descrita que hallamos en este diccionario y en ningún otro).⁴

Una voz aparece antes que la referencia a la moneda colonial. Es la palabra que da comienzo al listado de voces que Terreros ha reunido bajo una especial conjunción de consonantes, la de “TL”, considerada como un dígrafo del náhuatl, la lengua de uso extendido en el México antiguo. Se trata de una grafía extraña, de difícil lectura: *Tlacaxipevalitzili*.

“*Tlacaxipevalitzili*, Fr. *Id.* 18 mes del año Mejicano, es de 20 días, como todos los otros, y empieza á 26 de febrero.” (Terreros, [1767] 1788, NTLLE)

Se dice igual en francés (Fr. *Id.*) y es el nombre de uno de los 18 meses del calendario “mejicano”, esto es, del calendario antiguo de los mexicas, también nombrados aztecas⁵. La palabra que sigue a la que designa el mes mexicana, - “tlaco” - y doce de las quince subsiguientes son de origen náhuatl. De una ojeada, para quienes están familiarizados con el habla de México, son reconocibles los vocablos “Tlaloc” (dios antiguo de la lluvia) y “tlatemar” (cocinar, asar).⁶

“Tlacaxipevalitzili”, podría indicar una manera de transcribir la palabra antes del siglo XVII. “Tlacaxipehualitzli” con la semiconsonante *hu* en lugar de *v* es la forma usual de encontrarla.⁷ El vocablo significa en sentido literal “desolladura de hombres” y si bien refiere a uno de los meses más importantes del México prehispánico, no es al último del calendario.

Minerva y Marte

La aparición de palabras náhuatl, -pertenecientes a horizontes antiguos, prehispánicos, y al uso cotidiano en la Nueva España-, manifiesta en el creador del diccionario, la presencia de un espíritu ilustrado.

Antes del prólogo que ha dejado escrito como introducción a su obra (cuya primera impresión diera comienzo en 1765) sorprende una dedicatoria en tono grave, afligido, dirigida por los editores al Conde de Floridablanca y añadida a la publicación, lanzada finalmente en 1786:

⁴ “Monedas imaginarias Fr. *Monoie imaginaire* Esta moneda no es física, y efectiva: pero se imájina, y sirve para las cuentas, y el comercio...” (Terreros [1767] 1787, NTLLE).

⁵ Mexicas [/meshícas/], así se llamaban los habitantes de la Gran Tenochtitlan, donde posteriormente se fundó la Ciudad de México, capital de la Nueva España. Se consideraban originarios y descendientes de una tierra mítica conocida como Aztlán, de ahí la referencia que los nombra como “aztecas”.

⁶ Multitud de palabras usuales en México, Centroamérica y en los espacios de influencia de las poblaciones migrantes en Estados Unidos y Canadá, provienen del náhuatl (así la de “tlatemar” o “tatemar” que viene de *tlatemati*, “poner al fuego”). De acuerdo al organismo público autónomo de México, INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) de las 68 lenguas indígenas en México, el náhuatl es el que mayor número de hablantes nativos tiene en el país, con alrededor de un millón y medio. Recuperado https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2022/EAP_PueblosInd22.pdf. Consultado el 20/01/23.

⁷ “En los impresos y manuscritos se usaban varias letras o dígrafos para escribir la semiconsonante [hu-uh]: *u*, *v*, *o*, *hu* y *uh*. A partir del siglo XVII vemos con mayor frecuencia el uso del dígrafo *hu* para este fonema al inicio de una sílaba y *uh* para el mismo fonema en posición terminal” (Wright, 2016, 102).

Exmo. SEÑOR CONDE DE FLORIDABLANCA

SEÑOR.

Pocas obras habrán sido tan generalmente aplaudidas y deseadas como este Diccionario, y acaso por ninguna se hubiera encarecido tanto la pérdida que padecía la Nación como se está encareciendo por ésta desde la expulsión de los Jesuitas. Aun los que miraron con indiferencia aquel raro suceso, y quizá también los que se complacieron en él, sintieron extraordinariamente y están lamentando toda la desgraciada suerte del P. Terreros, únicamente por su Diccionario.⁸

Los editores Francisco Meseguer y Arrufat, y Miguel de Manuel y Rodríguez, agradecen al Conde de Floridablanca su disposición para publicar el *Diccionario*. Veinte años atrás iba a ver la luz, pero terminó sepultado entre “un enorme cúmulo de papeles” (Meseguer y Arrufat, F. y De Manuel y Rodríguez, M., 1786). Apuntes, manuscritos, libros, obras del propio autor -reconocido erudito, profesor de latín, retórica y matemática, laborioso traductor y filólogo- se hallaban en distintas habitaciones de su lugar de trabajo, el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, en Madrid, clausurado tras la expulsión de los jesuitas de los dominios españoles en 1767.

En el que titula *Prólogo* a la que aparecerá como su obra póstuma, Terreros despliega de qué se trata la formidable producción de un diccionario: la tarea filológica donde se entrecruzan los horizontes de la historia con el presente, donde la inagotable vastedad del tiempo surca las palabras del día a día. El *Diccionario* explora el nombre de cosas y saberes para describir en el destello de la definición, habilidades e industrias del quehacer humano. Su proyecto es el reflejo de la época de la que se sabe parte: en la Ilustración se arremolinan y asientan los tratados como éste, el de la edificación de un diccionario; y con ellos la transmisión de los perfiles históricos, filológicos y de las posibilidades instrumentales en las que se ordena la amplitud y variedad del conocimiento.

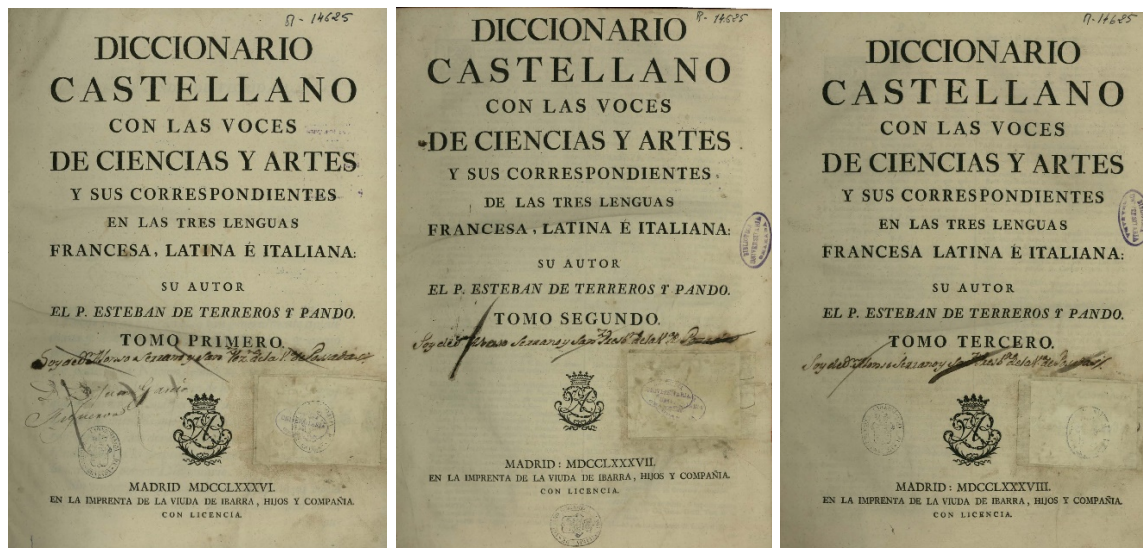
Terreros es el primero de los lexicógrafos en colocar la acepción “lengua franca” dentro de un diccionario de la lengua española.⁹ La España guerrera ha padecido invasiones y ha extendido también “toda especie de conquistas más allá de donde nace y se pone el sol”. El lenguaje se ha formado con el arramblar de las guerras, con el transcurrir de las ferias, de los mercados, de los migrantes, del trajinar tanto de “oro” y “géneros preciosos” como de palabras propias o extranjeras (Terreros [1767] 1786, i)¹⁰. La Ilustración recorre viejas cicatrices, las nervaduras de la historia, y en su vocación para la arqueología de archivos -en su lustre erudito- reclama para la pluma un lugar junto a la espada. Los Reyes Católicos son

⁸ Meseguer y Arrufat, F. y De Manuel y Rodríguez, M., “Exmo. Señor Conde de Floridablanca...” (Terreros, [1767] 1786, NTLLE).

⁹ “*Lengua franca*, cierto idioma, ó jerigonza, que se habla en las Costas de Levante en el Mediterráneo, compuesta de Español, Francés, Italiano, Griego vulgar, y otras lenguas: solo emplean el infinitivo de los verbos, sin mas tiempos, ni diferencias; pero con todo, se entienden bastantemente todas las Naciones, en orden al comercio. *Fr. Franche langue*” (Terreros, [1767] 1787, NTLLE).

¹⁰ La paginación del *Prólogo* de Terreros se corresponde con los números romanos del “i” al “xxxiv”.

el símbolo tras el símbolo en que se funden la pluma y la espada. Terreros los describe como artífices de las gestas que unen las guerras imperiales con el brillo de la Academia (Terreros [1767] 1786, i-ii).



Los tres tomos de Esteban de Terreros y Pando *SI. Diccionario castellano: con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina é italiana* (ediciones de 1786-1787-1788) (Universidad de Granada, Fondo antiguo digital)

En los años agitados de Las Luces, la pluma es celebrada como el instrumento que enaltece al ser humano según un don o facultad excepcional: el juicio, el entendimiento de la criatura capacitada para la invención, para las habilidades y métodos que han hecho posibles las artes “liberales” y “mecánicas”, como refiere el nombre del *Diccionario*: éste es el lugar para la “colección de voces”, el espacio donde ellas se integran como “parte propia y esencial” de las ciencias y de las artes, iluminadas de esa manera, exhibidas como recién reconocidas en ese momento de la historia (Terreros [1767] 1786, v). El diccionario ilustrado reunirá como parte inescindible de su esencia, voces inéditas, saberes distantes, resonancias recónditas de los dominios hispánicos.

En el *Prólogo* quiere equilibrar la sabiduría resplandeciente de la diosa Minerva con el fulgor guerrero de Marte. La consolidación del imperio español habrá de concentrarse en el “fomento” de Minerva y nunca en proporción menor del que se le dedica a los ejercicios de Marte (Terreros [1767] 1786, ii). Enriquece la metáfora de las divinidades con una aseveración acerca del destino de los imperios y de las lenguas que se alimentan del tránsito y conocimiento de voces extranjeras: Roma en la cúspide de su poder en el mundo, adoptó, sin recelos, las voces griegas “Dialéctica”, “Grammática”, “Poesía” para fecundidad del latín (Terreros [1767] 1786, ii).

Terreros quiere estar a la altura del siglo. La proeza de su diccionario universal manifiesta el compromiso con la historia como espacio del tráfico de las lenguas y de la diversidad de saberes. El autor nada como pez en las aguas de su filología donde sorprendemos cascadas, saltos que seguramente irritaron a unos cuantos como se deduce de los años en que su obra resintió no ser publicada: quiere viajar, en el tanteo profundo -

filológico- del pasado, hacia los inicios perdidos del lenguaje. Como el Nilo se alimenta y enriquece con las inundaciones, el habla de España se nutre de su historia, de la de los extranjeros y de la de las colonias, que hacen de ella un “fecundísimo terreno” (Terrerros [1767] 1786, v). Para escribir o representar el lenguaje oral, antiguamente hubo jeroglíficos. No sólo los egipcios los utilizaron sino “los antiguos Griegos, y lo mismo nos dicen de los Americanos y aun segun quieren muchos, las jentes ante-diluvianas usaron de Jeroglíficos en vez de letras” (Terrerros [1767] 1786, xxiv). Al referirse a “los Americanos” hace un llamado a pie de página, en el que aparece la obra de un autor que figura como fuente recurrente en las voces de su diccionario, y de quien hablaremos más adelante: Lorenzo Boturini Benaduci, originario de Sondrio, Italia (1702), fallecido en Madrid en 1755.¹¹

Sigamos las pistas ahora hacia la grafía y acepción de “Tlacaxipevalitzili” dada en el *Diccionario*. En las voces recabadas por Terreros, dos palabras náhuatl evocan la cuenta del tiempo de los antiguos mexicanos: aparece también el término *Panque-calitci*. De los 18 meses del calendario de los mexicas, los dos son sumamente importantes: refiere uno la transición a la primavera, temporada de lluvias en que se renueva la naturaleza; el otro celebra a Huitzilopochtli, el dios principal del imperio azteca.¹²

La rueda del fin del mundo

En el *Diccionario* de Terreros bajo el dígrafo “TL”, *Tlacaxipevalitzili* ingresa al universo de la lengua española. Su definición es formulada así: “18 mes del año Mejicano, es de 20 días, como todos los otros, y empieza á 26 de febrero”. Pero no nombra esta palabra el mes 18, es decir el último del calendario antiguo. Se corresponde, en cambio, con el mes primero, o para algunos intérpretes, con el segundo.

La precisión cronológica y consecuente enunciación del primer mes y día del calendario mexica fue un tema que, durante los siglos coloniales, sumado a otros problemas como la existencia del bisiesto mesoamericano, dividió interpretaciones y concentró los esfuerzos de académicos europeos y novohispanos. *Tlacaxipehualitzli*, es enunciado como el primero o como el segundo de los meses antiguos.

Bernardino de Sahagún (1499-1590), por ejemplo, en su célebre *Historia general de las cosas de la Nueva España*, sitúa a *Atlcahualo* como el primer mes del calendario ritual y su inicio en el 2 de febrero. Hacia mediados y finales del siglo XVI, el franciscano Motolinía y el dominico Diego Durán colocan el comienzo del calendario a principios de marzo, en el mes de *Tlacaxipehualitzli* (Orozco y Berra, 1880, 50-51).

¹¹ En el pie de página utiliza una abreviatura -“Botur. Idea de la Hist. &C.”-, para referir el libro de Lorenzo Boturini *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional, fundada sobre material copioso de figuras, symbolos, caracteres y geroglíficos, cantares y manuscritos de autores indios, últimamente descubiertos*. (Terrerros [1767] 1786, xxiv).

¹² “*Panque – Calitci*, Fr. *Panque Calitzi*, catorceno mes de los diez y ocho del año Mejicano, que cada uno tiene 20 días.” (Terrerros, [1767] 1788, NTLLE) *Panquetzalitzli*, es la forma en que usualmente se escribe la palabra, y significa literalmente enarbolamiento, elevación de banderas. Alude a la elevación de éstas sobre las casas y los estandartes de guerreros, así como al adorno que flameaba sobre la efigie de Huitzilopochtli en el templo central de los aztecas (Anders, Jansen, Reyes García, 1996, 178).

Terreros ubica el mes en el *Diccionario* con la fecha de inicio correspondiente al 26 de febrero. La enunciación de que se trata del último mes del calendario le pertenece a él solamente, y debió tratarse de un descuido o quizá de una interpretación en base a un dibujo o manuscrito antiguo: 26 de febrero indicará, como veremos, un día límite entre fases calendáricas, frontera en el tiempo hacia el recomienzo; fin y principio.

Los 18 meses evocan cada uno ciclos agrícolas, astronómicos, y se celebran con festividades religiosas que pueden encarnar poderosas metáforas referidas a los dioses específicos del mes que se celebra. En las fiestas del desollamiento se dice que los sacerdotes bailaban con la piel de los prisioneros de guerra sacrificados a manera de un atuendo, símbolo del renuevo de la naturaleza que llegaba con la primavera. *Xipe Totec*. “Señor de los desollados”, era el nombre del dios de la estación que arribaba y que equivale al ingreso de las lluvias en México, al cambio de los ciclos de cultivo. El festejo era voluptuoso, desbordante en solemnidades como todos los de los aztecas. Coros de hombres y mujeres saludaban la nueva estación, con un despliegue ensayado meticulosamente para la fecha, de músicos, cantos y danzas; los militares exhibían sus destrezas con ensayos de guerra (Clavijero, [1826] 1853, 135).

El jesuita mexicano Francisco Javier Clavijero (1731-1787), toma una notación calendárica – la misma de Terreros, 26 de febrero - como la que se ubica en la frontera entre el fin y el comienzo de la cuenta larga del tiempo antiguo (cuenta de 52 años del llamado siglo azteca): “el año I conejo, primero del siglo, comenzaba á 26 de febrero” (Clavijero, [1826] 1853, p. 132). Pero esta fecha no la asocia al mes de *Tlacaxipehualiztli*. Cada año de los 52 que integraban la cuenta larga se corresponde con un signo de cuatro en total: Tochtli (conejo), Ácatl (caña), Técpatl (cuchillo de pedernal) y Calli (casa); y con un número del 1 al 13. Se componen así cuatro trecenas ($4 \times 13 = 52$) en las que circulan los cuatro jeroglíficos con sus respectivos números que se representaban con puntos.

Clavijero fue un asiduo visitante de la biblioteca del Colegio Máximo de los jesuitas en la Ciudad de México, donde se dedicó al estudio de los manuscritos antiguos. Allí se sumergió en documentos pertenecientes a estudiosos indígenas de los años iniciales de la Colonia. Veamos ahora un acercamiento a la rueda calendárica con sus signos y numerales que formaban los 52 años, a través de cierto códice mexicana, uno que fuera estudiado por el también jesuita, José de Acosta, quien residiera en la Nueva España durante el año de 1586.

El sacerdote y naturalista José de Acosta (1540 - 1600) indica el 26 de febrero como día clave del calendario. Hay un tipo de comienzo y también de acabamiento de ciclo, que tendría lugar en este día con el que, según el *Diccionario* de Terreros, llega a término la cuenta de los 18 meses. Acosta, erudito español, misionero en Perú, vivió en la Nueva España como indiqué hacia finales del siglo XVI. En 1590 se imprime su *Historia natural y moral de las Indias*. En ella asentaba que tenía en su poder la pintura antigua de un calendario formado por una circunferencia dividida en cuatro partes con símbolos para los días y años, y figuras con las que se destacaban acontecimientos históricos. Cada una de las cuatro partes sumaba 13 años y en total la rueda representaba el siglo de 52 años. Los “Mejicanos” - escribe- poseían días “valdíos”; el año era de 360 días, y durante cinco de ellos “no hacía la gente cosa alguna, ni acudían al templo”. A inicios de marzo “cuando comienza á reverdecir la hoja” el primer día tendría lugar, inmediatamente después a los días baldíos “aunque tomaban tres días de febrero, porque su primer día del año era á veintiséis de febrero” (Acosta,

[1590] 1894, 144-145). Tal, dice, es como consta en el calendario que ha intentado descifrar “que es digno de considerar para entender el discurso y habilidad que tenían estos Indios Mejicanos” (Acosta, [1590] 1894, 145). La dificultad de la notación calendárica que se lee en este párrafo (donde se suman el principio del año -marzo- y la fecha que se encuentra en el comienzo del siglo -febrero-) trae hacia nosotros una pincelada de la aplicación, de la perseverancia que despertaba el calendario azteca entre los eruditos del Renacimiento y de la Ilustración.

La rueda completa se cerraba al término del conjunto de 52 años. Si no acaecía entonces el fin del mundo, una nueva rueda era recomenzada. En el reinicio de la cuenta larga del tiempo, “resonaban por todas partes las voces de júbilo y las muchas enhorabuenas por el nuevo siglo concedido por el cielo” (Clavijero, [1826] 1853, 142).

Al acercarse el cierre del siglo se creía podía advenir el final de todo lo conocido. Esta eventualidad -esta inminencia - se celebraba de una manera voluptuosamente simbólica, de una manera, podría decirse- si se me permite evocar significados que acatamos como modernos-, sobrecogedoramente existencial. Ante la posibilidad de la desaparición del mundo, durante la última noche previa al reinicio o al ocaso absoluto del ciclo de los tiempos, se apagaban las luces, las antorchas, se rompían los utensilios de cocina, los instrumentos de la cotidianidad.¹³ Se destruía lo que representaba el ser del día a día, el devenir permitido por los dioses, el distraído trajinar y transcurrir sobre la Tierra. Al pasar la media noche, veían con alegría que el mundo renovaba su curso. Procedía entonces la llamada ceremonia del Fuego Nuevo: se encendía un gran fuego, la luz del ciclo flamante; bajaban desde la colina sagrada donde alumbraba la hoguera un grupo de corredores con teas allí encendidas que llevaban a la ciudad. Desde las azoteas los habitantes con fruición observaban encenderse la multitud de destellos, todas las casas y templos se iluminaban de nuevo (Sahagún, 2007 [1577], 665-667).

El 26 de febrero es una especie de fecha de frontera entre el zozobrar absoluto del mundo y el relanzarse del mismo a un ciclo nuevo. Notación cronográfica que parece recabada y circunscripta a los años más viejos de la Colonia: la rueda de Acosta participa de los documentos de esa región liminar entre los procesos de Conquista y la Colonia cuando poderosos proyectos pedagógicos, como el célebre Colegio Santa Cruz de Tlatelolco (1536-1576) tuvieron lugar. La academia de Tlatelolco reunía en el adentramiento de los saberes de dos mundos a estudiosos españoles e indígenas. Gran parte de sus documentos, pictogramas antiguos, calendarios, textos bilingües fueron absorbidos por el Colegio de la Compañía de Jesús de la Ciudad de México, hasta su cierre en 1767.

La proximidad con los códices mexicas y los manuscritos, con los textos en los que comulgan el latín, el español, el náhuatl suponen el halo de certificación del conocimiento que los ilustrados se congratulaban de buscar o poseer. José de Acosta deseaba se conocieran los saberes de las civilizaciones incas y mesoamericanas: exploraba los modos de vencer el olvido, el cual se impulsaba con una concepción que acusaba a aquéllos de no ser más que idolatrías y supersticiones. La cercanía de objetos como la pintura de la rueda calendárica prestaba autoridad a sus escritos, al afán por recuperar las antiguas memorias. Sustenta en su *Historia natural y moral de las Indias*, por ejemplo, el relato sobre el rey Autzol (o Ahuitzotl)

¹³ “Y así se estaban toda la noche, diciendo, que quizá no amanecería mas” (Acosta, [1590] 1894, 146).

quien gobernara desde el año 1486 al 1509 -famoso por renovar el sistema de acueductos de Tenochtitlan, ciudad principal de los aztecas-, con un manuscrito que puede hallarse, escribe, en “la sacra biblioteca o librería vaticana”. Ahí se encuentra el que se conoce como *Códice Telleriano-Remensis*. El documento, comenta, fue revisado por “un padre de nuestra compañía, que había venido de Méjico” (Acosta, [1590] 1894, 308). Gracias a éste se hizo posible penetrar en el sentido de las pinturas y los relatos.

Las relaciones intelectuales de la orden de los jesuitas constituyeron desde temprano un tipo de red de información, de documentación, que hubo de redundar en vertientes que alimentaron la necesidad de explorar horizontes de saberes nuevos, característica propia de la Ilustración.

Viajeros del tiempo

Las sendas perdidas y reconstruidas del navegante

Dioses del panteón azteca se presentan también en el *Diccionario* de Terreros. Han sido tomados de un libro de Lorenzo Boturini, el autor italiano citado al final de su *Prólogo*. Texto polémico como todos los escritos y proyectos en los que Boturini se embarcaba, el discurso escrito en latín *Oratio ad Divinam Sapientiam* fue elaborado en ocasión de su ingreso a la Academia de Valencia en 1750.

Encontramos en el *Diccionario* dos diosas que aparecen como opuestas dentro de las páginas de *Oratio*¹⁴:

“*Macuilxochiquetzalli*, entre los Mejicanos jentiles era la Diosa de los casamientos. Orat. A Divin. Sap. de D. Jorg. Boturini.” (Terreros [1767] 1787, NTLLE)¹⁵

“*Tlazolteotl*, entre los Mejicanos Jentiles, la imágen, ó deidad de las mujeres prostitutas Botur. Orat. ad div. Sap.” (Terreros [1767] 1788, NTLLE)

Terreros contrasta dos de las autoridades que alimentan sus estudios lexicográficos (Lorenzo Boturini y Antonio Solís) para nombrar un importante dios de la antigua Tenochtitlan:

“*Tezcatlipoca* Deidad que tenían en América, en lugar de la Divina providencia. Botur. Orat. ad Div. Sep. Pero Solis, Conq. de Nuev. Esp. libr. 3.c.9. llama Tezcatlepuca, á un Dios infausto de Méjico, y es regular sea uno mismo.” (Terreros [1767] 1788, NTLLE)¹⁶

Cuando Terreros construía su diccionario, la obra de Boturini, quien fallece en Madrid en 1755, resonaba en el ambiente académico; en 1746 el italiano había sido nombrado

¹⁴ “Justas nuptias florida odoriferaque Dea *Macuilxochiquetzalli*; vice versa proprio errantes arbitrio mulieres sub turpi *Tlazolteotl* imagine explicarunt” (Boturini, Valencia, 1750).

¹⁵ La abreviatura “Jorg.” debió ser una errata.

¹⁶ La obra aludida es del poeta y dramaturgo Antonio de Solís (1610-1686), *Historia De La Conquista De Mexico, Poblacion, Y Progresos De La America Septentrional Conocida Por El Nombre De Nueva España*. En su calidad de Cronista de Las Indias, aunque nunca estuvo en ellas, se le encomendó transmitir los legados de otros cronistas y conquistadores a través de la lectura de sus apuntes y memorias.

Cronista de Indias, cargo del que no recibió salario alguno. No se puede hablar de su legado sin atender al singular periplo que hizo de él un erudito asombroso del México antiguo. Navegante con el temple de los curiosos y diligentes coleccionistas ilustrados, Lorenzo Boturini había descubierto su vocación - la pasión por la erudición - en México, capital de la Nueva España donde vivió de 1736 a 1743. Aprenderá allí el náhuatl, recorrerá parroquias, buscará organizar el rompecabezas de las memorias antiguas. Transcribirá experiencias, tradiciones orales. Reunirá una enorme cantidad de códices y manuscritos, muchos provenientes de colecciones de nobles caciques, de académicos indígenas y novohispanos. Con ellos y multitud de objetos de valor histórico buscará conformar un museo, espacio para la exhibición de saberes que junto a los tratados y las enciclopedias constituye otro de los símbolos de la Ilustración. Sus recorridos por el territorio colonial levantaron la inquina del Virrey, zaherido sobre todo, por una de las causas de las andanzas del historiador a la que tomaba por afrenta directa a su autoridad: sin que le fuese notificado, Boturini había recibido un Breve de la Santa Sede que le permitía con el apoyo de los templos locales, diseñar y financiar una corona para la Virgen de Guadalupe, de la cual se había hecho devoto (León-Portilla, 2009, 375-406).

En 1743 el que Boturini llamó como Museo Histórico Indiano fue requisado, y su creador desterrado. En Madrid, recompone los senderos caminados dentro del archivo vivo de México acudiendo en parte a la propia memoria. En 1746 publica la *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional* que constituiría los esbozos y preliminares de la que finalmente habría de integrar la *Historia general de la América Septentrional*¹⁷. La reacción agresiva y destructora del Virrey Fuenclara que embargó los copiosos materiales recopilados, tuvo detractores. El fiscal del Consejo de Indias, José Borrul, conferirá al navegante, en el mismo año de la impresión de su libro preparatorio, el nombramiento de Cronista de Indias. Será a su vez admitido como miembro de la Academia Valenciana. Entabla Boturini una sólida amistad con su fundador Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781) filólogo, historiador y jurista poseedor de una generosa mirada universal, que le valió la fama de erudito sobresaliente y representante de la Ilustración española (Mestre Sanchis, 2000, 302-315).

Jamás pudo Boturini, como se le prometió, volver a la Nueva España. Con todo, siguió el curso de sus investigaciones hacia la realización de la *Historia general de la América Septentrional*. En los años en la Ciudad de México se había aplicado a reproducir parte de los acervos del célebre Carlos Sigüenza y Góngora en la biblioteca de los jesuitas¹⁸. Durante su destierro, dedicado a la revisión de contenidos y fuentes documentales, contó con el apoyo de Gregorio Mayans. Un ejercicio especial de erudición y de esfuerzo para ambos, sobre todo para Mayans que no tenía la familiaridad con los estudios novohispanos que había

¹⁷ Es en 1948 que se cristaliza –bajo la edición del historiador español Manuel Ballesteros Gaibrois– el resultado final del arduo camino de investigación del erudito italiano. Ballesteros, M. (ed.) (1948) *Documentos inéditos para la historia de España: Historia general de la América septentrional, Volumen 6*, Madrid: Imprenta y Editorial Maestre.

¹⁸ Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) matemático, geógrafo, astrónomo e historiador novohispano, diligente estudioso de los saberes de los antiguos indígenas, tuvo a resguardo un gran número de folios de códices mexicas y de viejos manuscritos que a su muerte en 1700 fueron destinados a la biblioteca del Colegio Máximo de los jesuitas en la Ciudad de México.

adquirido Boturini, fue el que trataba de la difícil materia de la cronología, de los meses y los años del calendario azteca (Mestre Sanchis, 2000, 308-309).

La cuestión de la meditación y estudio sobre la medición del tiempo a través de las épocas y las culturas es frecuentada en la Ilustración. Requería de conocimientos de óptica y de mecánica, y fue privilegiada por matemáticos y astrónomos.

El espíritu erudito ilustrado no se permitía escamotear elementos dentro de sistemas más amplios de saber¹⁹. A partir de la segunda mitad del siglo XIX y en casi todos los del siglo XX, los diccionarios reunidos en el *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española*, privilegian el significado para “Cronografía” y “Cronología” como uno que concierne al estudio del orden o fecho de los sucesos históricos. En cambio, los diccionarios del siglo XVIII, delimitarán la significación al concepto de “ciencia de los tiempos” o al de la “ciencia que trata de los cómputos de los tiempos”. En lo que tocaba al estudio de las antiguas civilizaciones del imperio español, no debía desligarse de singulares cosmogonías: la investigación no se separaba de la meditación sobre los ordenamientos que, para la organización cotidiana y ritual de las viejas sociedades, implicaban los calendarios.

En el sentido de la interpretación del tiempo, de las temporalidades, la construcción de la *Idea de la Historia* que llevaba a cabo Boturini, despertaba fuertes controversias. Será considerada por aliados y detractores como modelada en la del filósofo Giambattista Vico. Las ciclografías de Vico donde circulan las épocas de los dioses, de los héroes, la edad de los hombres o de la razón, desde una perspectiva religiosa y filosófica encuentran un gran lector en Boturini. Es patente, sin embargo, la originalidad de sus escritos basados en la propia diagramación del tiempo de las divinidades y de los acontecimientos entre los mexicanos antiguos:

Usaban de quatro Kalendarios, que no distinguieron nuestros Historiadores Europeos: El primero era Natural, por el qual se regia la Agricultura. El segundo Chronologico, y servia à la Historia. El tercero Ritual, y lo guardaban los Sacerdotes, para el orden de las Fiestas mobiles, y fixas de sus Dioses. El quarto Astronomico, en cuyo calculo entendian los Mathematicos, para gobernarle à medida del curso del Sol y situacion de los Planetas (Boturini, 1746, 4-5).

Mayans, quien siempre lo defendió de las acusaciones que ponían en duda su dedicado oficio de historiador, reconocía en Boturini la afinidad filosófica con Vico, en relación, sobre todo, a una particular concepción acerca del Derecho Natural. Así escribe en la Censura con que dictamina bellamente el sucinto y rico texto del italiano, *Oratio ad Divinam Sapientiam*, en ocasión de su ingreso a la Academia de Valencia.

Su intento en esta Oracion, es aplicar los principios del Derecho Natural según el Sistema del ingeniosísimo Filosofo, i Jurisconsulto, Juan Bautista Vico, à las costumbres de los Indios de la America Septentrional, para que en todas las Naciones se observe una misma Lei universal, invariable, i nunca dispensada, ni dispensable,

¹⁹ Antes del exilio, Terreros había ejercido como profesor de Matemáticas en el Colegio Imperial de la Compañía; ésta fue la última cátedra que dictó en Madrid. En 1748 publicaba en la imprenta madrileña de Manuel Fernández, su primer libro *Conclusiones matemáticas*.

escrita, no en tablas exteriores, sino en los corazones humanos (Boturini, 1750, A2-3).

El valor de la obra de Boturini fue apreciado por Terreros y como veremos enseguida, por Francisco Clavijero. El pensamiento en torno al Derecho Natural, resultaba espinoso para las inercias teóricas del Imperio Católico, refractarias a conceder algún tipo de espíritu moral a los antiguos habitantes de las colonias.²⁰

Un prurito en este sentido, -el recelo a divulgar nada donde se viese la influencia de Vico-, obstaculizaba la publicación de los escritos del navegante italiano. Así, por ejemplo, entre quienes se oponían decididamente a su difusión tenemos a Blas Nasarre, director de la Biblioteca Real. Amigo de Mayans, el historiador jesuita Andrés Marcos Burriel (1719-1762), acordaba, por su parte, en recoger las reproducciones de manuscritos originales, de imágenes de códices y mapas cartográficos pertenecientes a Boturini para trasladarlos a la Biblioteca Real. Sugería que había que separarlos, evitar que se cobijasen dentro del libro en que éste trabajaba. Mayans le reprocha aquello. Leemos en una correspondencia suya comentando el asunto agriamente: “Si el cavallero Boturini es el único que puede explicar estos monumentos, en qué juicio cabe que convenga quitárselos” (Mestre Sanchís, 2000, 312).

Poco después, Burriel será sometido “a la misma actitud por él ahora aconsejada”. En 1756 será suspendida la comisión que presidía, encargada de rescatar los archivos del patronato regio de Toledo. El secretario de Estado, Marqués de Ensenada, quien apoyaba una amplia investigación de documentos eclesiásticos en España llevada a cabo por la Compañía de Jesús, había sido destituido de su cargo tras suscitar el enojo de la Corona por su oposición al Tratado de Madrid.²¹ El nuevo secretario, Ricardo Wall, suspende la labor de interpretación histórica de Burriel, le exige la entrega de lo recabado y copiado en los archivos toledanos (Mestre Sanchís, 2000, 312).

Piedrecillas que saltan en las penumbras desde la profunda oscuridad acerca de la cual no vemos o escuchamos aún el fondo, traen desde esos tiempos, ecos, resonancias acerca de algunos de los muchos motivos que se buscaron para la supresión de la Compañía de Jesús y la expulsión de los jesuitas. Junto a las causas de índole económica o política no pueden descartarse otras, entre éstas posiblemente las que tienen que ver con los desarrollos en las investigaciones filológicas, con los ensayos de una indagación hermenéutica en los horizontes históricos y culturales de las colonias españolas.

Clavijero y el juicio del siglo XXII

El interés moderno por el calendario mexica aparece asociado al temple crítico, al perfil filológico de la Ilustración. La “Crítica” leemos en el diccionario de Terreros es

²⁰ Así escribe Vico, al comienzo de su *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*, que formó parte por años del índice de libros prohibidos de la Inquisición: “Nació sin duda el derecho natural de las naciones en las costumbres generales de ella. Jamás existió en el mundo, nación de ateos, pues empezaron todas con alguna religión”. (Vico, [1725] 1941, 3)

²¹ En el Tratado de Madrid se acordaba el acuerdo limítrofe con Portugal de 1750: la reorganización consecuente del territorio, barrió con las misiones jesuitas de la Banda Oriental (actual Uruguay), y dio lugar al cruento conflicto conocido como la guerra guaraníca (1754-1756).

inherente al “arte de juzgar los escritos”, al “*gusto* de la ciencia, del discernimiento, de la capacidad de juzgar” (Terreros [1767] 1786, NTLLE). Tal facultad y aplicación impregna por completo un saber en especial:

Filología, ó Filológica, subst. especie de ciencia, compuesta de Gramática, Poesía, Antigüedad, Historia, y jeneralmente de Critica, é interpretacion de todos los Autores: de modo que viene á ser como una literatura universal. *Fr. Philologie, Lat. Philologia, It. Filologia* (Terreros [1767] 1787, NTLLE).

El México antiguo representa la oportunidad de realizar las dos variantes críticas – ahuyentar la desidia autoritaria, iluminar el conocimiento.

Francisco Javier Clavijero, sacerdote jesuita de la Nueva España, versado en la lengua náhuatl, profesor de retórica y filosofía, después de su ordenamiento en 1754 se aplica en la Ciudad de México, dentro de los recintos del Colegio Máximo de los jesuitas, al estudio de los documentos de los antiguos mexicanos que formaban parte del voluminoso archivo de Carlos de Sigüenza y Góngora. El legado que éste había dado por herencia a la Compañía de Jesús compuesto por unos 470 libros y 28 gruesos volúmenes de folios, con mapas, manuscritos, pinturas que relataban la vida de los indígenas, constituía el acervo más completo sobre el mundo antiguo de México. El memorial donde se anotaron todos los manuscritos y códices, desapareció, por lo que se cree que pudo haber sido más grande, más profusa la cantidad de lo que pasó a resguardo del Colegio. Este tesoro documental perteneció originalmente al historiador mestizo Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, descendiente de la nobleza de Tenochtitlan, fallecido en 1648. Dedicado como cronista del virreinato a la reconstrucción de la historia de los pueblos indígenas, trascendió a través de obras de su autoría como *Compendio histórico del Reyno de Tezcuco*, perdidas y rescatadas o reproducidas por historiadores y estudiosos entre quienes destaca, Lorenzo Boturini (Burrus, 1959, 61-66).

Sedimentos de un oleaje poderoso que se despedía– el oleaje de una cultura y una civilización– los folios de Sigüenza comenzaron a disgregarse sobre todo a partir de la expulsión de los jesuitas en 1767, con el cierre del Colegio de la Compañía.

En ese año Clavijero, junto a un grupo de compañeros desterrados de México, zarpará de Veracruz enfrentando un viaje extenuante con temporales que los obligan a estacionarse por semanas en La Habana. Medio año más tarde recalaban y se demoraban tres meses en Cádiz debido a la renuencia de Clemente XIII a que prosiguiesen su camino hacia los Estados Pontificios. En 1770 llegan finalmente a Bolonia, donde Clavijero residirá hasta su muerte. Escribirá allí entre otras su obra principal, la *Historia Antigua de México*, cuya primera edición en Cesena durante los años 1780 y 1781, se dio a conocer con una traducción que él mismo elaborara al toscano (León-Portilla, 2012, 613-615).

Clavijero encarna la conciencia trágica en torno a los frágiles, evanescentes horizontes del tiempo, de las memorias, de los trabajos y legados de la erudición. En las palabras introductorias de su libro *Historia Antigua de México* que dirige a la corporación central de los estudios colegiados en la Nueva España -la “Real y Pontificia Universidad de Méjico”- se queja con amargura acerca de que ya no exista en ella el “profesor de antigüedades encargado de explicar los caracteres y las figuras de la pintura mejicana” (Clavijero, [1826] 1853, p. 2). Subraya la pena que le causa el desamparo en el que pueden

verse los indígenas sin los traductores catedráticos que servían, por ejemplo, “para decidir en los tribunales los pleitos suscitados sobre la propiedad de algún terreno ó la nobleza de alguna familia indiana”. “¿Por qué no se conserva aquel profesor tan necesario?”. Y agrega: “¿por qué dejan perecer unos escritos tan preciosos y especialmente los del doctísimo Sigüenza?” (Clavijero, [1826] 1853, 2).

Exhorta a la Universidad a conformar un museo para conservar las antigüedades, los objetos que se descubren incesantemente en las excavaciones “y sobre todo, los manuscritos, así los de los misioneros y otros antiguos españoles, como de los mismos indios, que se hallan en las librerías de algunos monasterios, de donde se podrán sacar copias antes de que los consuma la polilla ó se pierdan por otra desgracia”. Agrega enseguida, en referencia a la célebre empresa de Boturini “Lo que hace pocos años hizo un curioso y erudito extranjero da á conocer lo que pudieran hacer nuestros compatriotas, siempre que á una gran diligencia y cuerda industria unieran aquella prudencia que se necesita para sacar esta clase de monumentos de manos de los indios” (Clavijero, [1826] 1853, 2). En las páginas de su obra desplegaba Boturini, la preciosa información obtenida a través de diálogos y aportaciones documentales provenientes de los nativos, a partir de la lengua náhuatl que conocía muy bien.

Al desasosiego que le produce la injusticia contra el presente de los indígenas y la indolencia destructora de los archivos del pasado, se suma en Clavijero el tormento que lo asedia cuando piensa en el futuro no sólo de México, sino de Europa y el mundo. En 1775 asistía con angustia a la supresión de la Compañía de Jesús; se cristalizaban sus temores de que un día ésta cayera bajo “los golpes de la envidia y la calumnia” (Froldi, 2002, 183).²²

En la que titula *Carta de N sobre el juicio que formará la posteridad de la destrucción de los jesuitas* escribe: “Nuestro siglo que se creía superior a todos los que lo precedieron y se llamaba por excelencia *el siglo de las luces y de la humanidad*, ¿crees que parecerá tal en el siglo XXII?”

Despliega en este breve texto -filigrana de vasta de información política-, un plano de oscuros intereses y trueques simoniacos. Sintetiza lo que parece ser el vanidoso baile de máscaras – máscaras del poder - de una época que no será recordada, espeta, sino como “el siglo de los ministros, de las damas, de los filósofos, del jansenismo y de los parlamentos” (Froldi, 2002, 524).²³

La disolución de la Compañía delata según Clavijero, la frivolidad y la crueldad con que será caracterizada la era de Las Luces en el lejano siglo XXII.

Esteban de Terreros y Pando terminaba de escribir su diccionario en 1765. Dos años después, se encuentra viviendo en Forlì. Ambos, Terreros y Clavijero, eran amigos de un personaje que destaca en los tiempos del exilio, Lorenzo Hervás y Panduro. Sacerdote jesuita, lingüista y polígrafo, nacido en Cuenca, España en 1735, y fallecido en Roma, en 1809, Hervás y Panduro renueva la atmósfera del exilio en Italia por la resolución con que se aplica

²² El original del *Sermón de Francisco Javier Clavijero dirigido a sus hermanos exiliados en Bolonia en vísperas de la supresión de la Compañía de Jesús*, publicado por Rinaldo Forlì, se conserva como un manuscrito del siglo XVIII catalogado bajo el número 193, en la Biblioteca Estense de Módena. Se presume que el sermón fue pronunciado en 1773.

²³ El original de esta carta, refiere Rinaldo Forlì, es el manuscrito de la Biblioteca Estense de Módena, catalogado bajo el número 187. Se habría escrito alrededor del año 1776.

a erigir, con las biografías por él exploradas y recopiladas de los jesuitas expulsos, la obra que llamó *Biblioteca Jesuítica Española*.²⁴ Mantenía asidua correspondencia con los eruditos de la Compañía, y al parecer, mostraba afinidad especial por Terreros y Clavijero²⁵.

Hervás y Panduro colabora en la investigación cronográfica de los antiguos habitantes de Tenochtitlan. En la *Historia antigua de México*, se incluye un apartado titulado: “Carta del abate don Lorenzo Hervás al autor sobre el calendario mejicano”.(Clavijero, [1826] 1853, 207). Allí leemos lo siguiente acerca de la fecha “26 de febrero” que Terreros ha dejado asociada en su diccionario al mes de Tlacaxipevalitzili o Tlacaxipehualiztli, y que constituye para intérpretes como Acosta y el mismo Clavijero un punto medular -frontera entre los ciclos, recomienzo del mundo- del calendario azteca: “El año mejicano comenzaba á 26 de febrero, día célebre en la era de Nabonassarra, la cual setecientos cuarenta y siete años antes de la era cristiana se fijó por los sacerdotes egipcios”(Clavijero, [1826] 1853, 208).²⁶ La sofisticación y complejidad del calendario mexicano, lleva a Hervás a considerar que proviene de las grandes culturas del Asia, aseveración que no comparte Francisco Clavijero para quien la civilización antigua de México no tiene por qué explicarse desde influencias externas. (Clavijero, [1826] 1853, 311).

La piedra imán

El 17 de diciembre de 1790 durante los trabajos de remodelación de la Plaza Principal en la capital novohispana, es desenterrado el Calendario Azteca: la también conocida como Piedra del Sol -que puede admirarse hoy en el Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México- había sido depositada bajo la ciudad colonial a mediados del siglo XVI, pocos años después de la Conquista. Imponente monolito de 24 toneladas, ostenta en los circuitos en relieve - esculpidos círculos concéntricos - los símbolos de los días, de los ciclos y estaciones, de los siglos mexicas. A pesar de la espectacular presencia del calendario de piedra, los temores, la angustia ante su posible desaparición eran similares a los que despertaba el incierto destino de los frágiles folios de códices y manuscritos (López Luján, 2008, 78-83).

Para el crítico y filólogo ilustrado, el lenguaje camina junto a instrumentos, se reviste de objetos, se eleva para mirar mapas estelares, desciende sobre cartografías. La educación en las matemáticas, en la astronomía, en la náutica unidas a la geografía, a la arquitectura es una constante en quienes, a su vez, asumen un tipo de responsabilidad con el conocimiento: la de ser guardián de las memorias. La amplitud de lo que se estudia y de lo que se protege para la posteridad, se congratula de poder reflejarse en *las cosas*.

²⁴ El escritor, especialista en la Ilustración Española, Antonio Astorgano Abajo ha prologado y realizado la edición crítica de esta obra, que se hallaba dentro del Archivo del Santuario de Loyola: Hervás y Panduro, L. (2007). *Biblioteca jesuítico-española (1759-1799)*. Madrid: Libris.

²⁵ Antonio Astorgano explora la amistad de Hervás con Terreros y Clavijero. Acerca de la *Biblioteca jesuítica-española*, refiere que los artículos más ricos serían, los dedicados a ambos autores. (Astorgano, A. [2009] (2010). Recuperado de <https://www.cervantesvirtual.com/obra/hervas-y-panduro-y-sus-amigos-ante-la-mexicanidad/>)

²⁶ “Nabonassarra”: Nabonasar o Nabonassar, rey babilonio que gobernó en los años de 747-734 a.C

La nuestra es una época inclinada a estudios singulares sobre sistemas lingüísticos, sobre dársenas pobladas de océanos con significantes deconstruidos al infinito. El lingüista de la Ilustración es por su parte, claramente, un coleccionista de objetos; así, por ejemplo, Terreros, explorador de “las voces de ciencias y artes”, como reza el título de su diccionario. Abunda en su *Prólogo*:

Tenemos y hai en la naturaleza multitud de objetos para los cuales nos hallamos hasta ahora sin vocablo alguno Español: tales son multitud de plantas, árboles, flores, resinas, minerales, frutas, telas, piedras, monedas, pesos, oficios, meses, ceremonias, usos, aves, animales y otra infinidad de cosas (Terreros [1767] 1786, xiv).

Deben publicarse las palabras nuevas -continúa su disertación- tal y como se hallan en “historias y relaciones particulares, de modo que es preciso darlas al público como se encuentran en ellas” (Terreros [1767] 1786, xiv). Las voces tienen que coincidir con el lugar de donde provienen. Se hará de esta manera, por ejemplo, con la voz “Huchilobos” (Huchilobos o Huichilobos según transcribían los españoles el nombre del dios principal de los aztecas, “Huitzilopochtli”). También con la voz “Hucipocbotl”, “que es un árbol de Nueva España; y de otros innumerables objetos que se nos presentan, de modo que ó hemos de carecer de su noticia ó admitir sus nombres” (Terreros [1767] 1786, xiv). Si sabemos de su existencia entonces pronunciamos el nombre dado en su proveniencia.

Los eruditos científicos del siglo XVIII procuran entrar en contacto, penetrar las dinámicas, comprender los diseños, los fundamentos que habitan el mundo natural e instrumental antiguo y moderno. La vida es variabilidad. Una planta cambia según la tierra donde ha nacido:

En un Reino, en una Provincia misma, aparece la que nació en un terreno fértil, como quien desmiente la languidez de la que se produjo en un terreno infructuoso y estéril: todo lo varía, y aun ellas se confunden por sí á causa de una multitud de especies en cada una de las flores y plantas mismas: de Aloes hai mas de cuarenta especies; de Iris mas de sesenta; en la nemona pasan de ciento; las de rosas, claveles y tulipanes no tienen cuento (Terreros [1767] 1786, viii).

La tarea del lexicógrafo será la de discernir y capturar las referencias “más admitidas” de los autores clásicos y de los botánicos modernos. De igual manera se procederá dentro de la variedad del “Reino animal” (Terreros [1767] 1786, viii).

Atentos hay que estar -prosigue su argumento - a las diferencias que existen en las voces que nombran lo humano. Por ejemplo, y en primer término, las artes mecánicas. Los nombres sobre un oficio, sus propósitos e instrumentos varían también, a su vez: no es lo mismo un batán que un lavadero o una curtiembre en los que cosas similares se distinguen por sus usos (Terreros [1767] 1786, viii). En orden a juzgar con precisión, para emitir significados que comuniquen al lector la aproximación más acabada con lo que se nombra y define, debe el filólogo avenirse en lo posible a explorar, a atestiguar con la vista, con el sentido que el examen y la ciencia, privilegian:

Para asegurarme del modo que fuese dable me ha sido preciso ir de arte en arte y de facultativo en facultativo informándome por mis ojos mismos, registrando las artes y viendo las operaciones y manejo de instrumentos, de modo que pudiese escribir con un conocimiento práctico (Terreros [1767] 1786, viii).

A continuación, veamos la singular explicación de la palabra “Piedra Imán” que aparece en su diccionario. Terreros se muestra allí como testigo, como sujeto privilegiado por la presencia de aquello que, a partir del incuestionable registro de la vista, se siente capacitado para describir.

Piedra Iman. V Iman. En Europa se sabe hacer la piedra iman artificial; y en la China (segun dicen) vivificar la brújula de modo que tenga sus direcciones, sin necesitar de piedra iman alguna. Cart. edif. tr. t. 13 A su Majestad, han presentado novísimamente una piedra iman que atrae, ó levanta hasta 39 libras de peso, como lo he experimentado, habiendo perdido la virtud de levantar hasta cincuenta, que era lo que segun afirman y testifican levantaba en Méjico de donde ha venido, y aquí se le da á la Física algo en que discurrir en orden á la causa de tanta perdida en tan breve tiempo como el de haber venido solo de Méjico acá (Terreros [1767] 1788, NTLLE).

La primera parte del análisis en tan particular exposición señala por un lado, la elaboración artificial de la “piedra imán” llevada a cabo en Europa (se trataría del metal imantado) y por otro, una forma de inocular magnetismo -“según dicen”- originada en China: la información que al respecto transmite Terreros, proviene de la correspondencia de los jesuitas franceses misioneros en Asia, recopilada en los tomos conocidos como *Cartas edificantes, y curiosas, escritas de las misiones estrangeras, y de levante por algunos misioneros de la Compañía de Jesus*.

La carta aludida pertenece al Padre François-Xavier Dentrecolles, fallecido en Beijing en 1741. En ella se lee cómo podía llevarse a cabo con cierta “receta” (cuya composición de yerbas y cocciones, describe) una atracción similar a la del imán. Si ésta se aplicaba sobre las agujas de navegación “hallareis que se buelven muy bien ázia los Polos, y que son á proposito para el uso de la bruxula” (Dentrecolles, 1756, 332). Terreros refiere aquí el camino de los portentos. Apunta de esa manera, a memorias milenarias y a dones desconocidos de la naturaleza para introducir su propio y extraordinario testimonio, a partir del cual invitará a la Física a expandir sus horizontes.

Dentrecolles ha recurrido también a la Física como el espacio para ubicar y dar seguimiento a éste y otros extraños informes:

Los Physicos, que naturalmente havian de ser, los mas incredulos sobre estas especies de maravillas, son no obstante los que las desechan con menos desprecio, y que están mas favorablemente dispuestos á examinarlas: saben, mejor que los demás hombres, lo mucho que ignoramos en la naturaleza (Dentrecolles, [1734] 1756, 315).

Es en la segunda parte de su análisis donde Terreros invita a la ciencia a penetrar el misterio de una piedra imán, llegada a España desde México. Él mismo, nos dice, ha experimentado (ha ensayado y probado) su inaudito poder de atracción. Pero no sólo la comprobación empírica sustenta la existencia del insólito magnetismo, sino la presencia de un testigo importantísimo, el más importante de todos, el Rey, quien de forma reciente (“novísimamente”) habría admirado el increíble imán que levanta hasta 39 libras de peso, y que “según afirman y testifican” personas que lo vieron actuar en México, allí levantaría casi 10 libras más.

No estamos con la acepción de la Piedra Imán en el reino de la semántica, propiamente. El *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes...* se congratula de

transmitir conocimientos, de dar “noticia de innumerables objetos”, de ir más allá de otros diccionarios. Quizá habita en Terreros la intención de abrir y traspasar los márgenes semánticos hacia un espacio subjetivo, un reino de lo simbólico. ¿Existe esta piedra imán, oculta en algún recodo de los archivos del mundo -Madrid, el Vaticano-, guardada como un secreto fabuloso de Estado? ¿O buscaba el jesuita refutar de un modo alegórico, temerario, el argumento con el que se aseguraba que los habitantes de las Indias no navegaron grandes distancias por falta de brújula o piedra imán?²⁷ Quién sabe si en esta definición insólita exista la proyección transversal, oblicua, de un mensaje dirigido, como si de algo imantado se tratara, hacia receptores, lectores escogidos, sobre los que sólo podríamos especular, o más bien, imaginar, jugar con las ensoñaciones y las ficciones.

La imaginación aquella que en el Occidente medieval y renacentista ocupaba de acuerdo a los filósofos, la región de los sueños, de los símbolos, de los jeroglíficos, penetraba como la resaca de la ola gigantesca, el nuevo mundo que comienza con la Ilustración. A través de la correspondencia de los jesuitas, de los documentos de Las Indias, de los tratados de historia, a través del esfuerzo enciclopédico para ordenar el conocimiento, podemos de vez en cuando, tener la suerte de entrever a las ciencias, -a la física, a la náutica, a la cosmogonía- partiendo a toda vela hacia lo desconocido, lo asombroso, lo increíble, lo inaudito.

Referencias bibliográficas

- Acosta, J. de [1590] (1894). *Historia natural y moral de las Indias* (Tomo II). Madrid: Ramón Anglés, Impresor.
- Anders, F., Jansen, M. y Reyes L. (1996). *Libro de la vida texto explicativo del llamado Códice Maglibechiano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Astorgano, A. [2009] (2010). *Hervas y Panduro y sus amigos frente a la mexicanidad*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de <https://www.cervantesvirtual.com/obra/hervas-y-panduro-y-sus-amigos-ante-la-mexicanidad/> Consultado el 16/02/2023.
- Boturini, L. (1746). *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional, fundada sobre material copioso de figuras, symbolos, caracteres y geroglíficos, cantares y manuscritos de autores indios, últimamente descubiertos/Catálogo del museo histórico indiano*, Madrid: imprenta de Juan de Zuñiga,
- (1750). *Oratio ad Divinam Sapientiam, Academice Valentianae Patronam*, Valencia, España: Academia de Valencia.
- Burrus, E. (1959). Clavigero and the lost Sigüenza y Góngora manuscripts. En *Estudios de Cultura Náhuatl I*, México: UNAM, 59-90.

²⁷ “El uso de la piedra imán, y del aguja de marear, ni la hallo yo en los Antiguos, ni aun creo que tuvieron noticia de él; y quitado el conocimiento del aguja de marear, bien se ve que es imposible pasar el Océano” (Acosta, [1590] 1894, 76).

- Clavijero, F. [1826] (1853). *Historia antigua de Méjico*. México: Imprenta de Juan Navarro.
- Dentrecolles F. [1734] (1756). Carta del P. Dentrecolles. En Padre Diego Davin S.J. (Trad.) *Cartas edificantes, y curiosas, escritas de las misiones estrangeras, y de levante por algunos misioneros de la Compañía de Jesus* (Tomo 13) Madrid: Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández.
- Escalera SI, J. (2001). Terreros y Pando, Esteban. Polígrafo. En: O'Neill SI. C. E. & Domínguez SI, J. M. *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico Temático*. Tomo IV. Roma - Madrid: Institutum Historicum SI – Universidad Pontificia Comillas.
- Froldi R. (2006). Sermón de Francisco Javier Clavijero dirigido a sus hermanos exiliados en Bolonia en vísperas de la supresión de la Compañía de Jesús. En *Bulletin Hispanique*, núm. 1 (junio 2002), 181-194. Recuperado de <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcgx4p9>. Consultado el 12/03/2023.
- (2002). Una carta inédita de Francisco Javier Clavijero, en torno a la supresión de la Compañía de Jesús. En *Separata de Revista de literatura*, vol. 63, núm. 126 (2001), 517-533. Recuperado de <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc6q1w7>. Consultado, el 15/03/2023.
- Güemes, Juan Vicente, Conde de Revilla Gigedo (1831). *Instrucción reservada que el Conde de Revilla Gigedo, dio a su sucesor en el mando, Marqués de Branciforte, sobre el gobierno de este continente en el tiempo que fue su Virrey*. México: Imprenta de las Escalerillas.
- León-Portilla, M. (2009). Lorenzo Boturini Benaduci (1702-1755). En *Obras de Miguel León-Portilla, Tomo IV: Biografías*, México: UNAM.
- (2012). Francisco Xavier Clavijero. En *Historiografía mexicana* (Vol. II. Tomo I). México: Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.
- López Luján, L (2008). El adiós y triste queja del gran Calendario Azteca. *Arqueología Mexicana*, n.º 91 mayo- junio, 78-83.
- Mestre Sanchis, A. (2000). *Historia, fueros y actitudes políticas: Mayans y la historiografía del XVIII*. Valencia, España: Universitat de València.
- Orozco y Berra, M. (1880). *Historia antigua y de la Conquista de México* (Tomo II). México: Tipografía de Gonzalo A. Esteva, 1880.
- Sahagún, B de [1577] (2007). *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Washington: Library of Congress, copia digital de la Biblioteca Medicea Laurenziana. Recuperado de https://www.loc.gov/resource/gdcwdl.wdl_10096_001/?st=pdf Consultado el 13/01/2023.
- Terreros y Pando, Esteban de [1767] (1786) Tomo I. *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina é italiana*. Madrid: Viuda de Ibarra. Recuperado de Real Academia Española. Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española. <https://apps.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle>

- [1767] (1787) Tomo II. *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina é italiana*. Madrid: Viuda de Ibarra. Recuperado de Real Academia Española. Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española. <https://apps.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtle>
- [1767] (1788) Tomo III. *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina é italiana*. Madrid: Viuda de Ibarra. Recuperado de Real Academia Española. Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española. <https://apps.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtle>
- Vico, G. [1725] (1941). *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wright C., D. (2016). *Lectura del Náhuatl. Versión revisada y aumentada*, México: Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Lenguas Indígenas.